

LAS ÚLTIMAS CASAS

Vicente Romero-Tosca

Cuando te enfrentas a un nuevo relato de estos que, con más o menos acierto, uno intenta crear, y tratas de contar algo sin más datos que los que escudriñas en tu memoria, no es de extrañar que aun refrescándola de vez en cuando con el recuerdo, se le puede torcer el aparejo y gastarte alguna mala pasada. Así que a la hora de darle cuerpo a la siguiente ocurrencia, sin otra pretensión que la de contar algo fidedigno y de arrancar una sonrisa (de aquellos que se atrevieran a leerla), creí que sería conveniente situarme en la zona y hacer un estudio de campo sobre el terreno. Dicho y hecho, un buen día de últimos de enero de esos en que la nieve está pero se deja, me dirigí hacia las Casas de Frías no fuera a ser que después colocara la fuente en la ermita o confundiera la ubicación de ésta con alguna de las escasas parideras que se ven por los alrededores. Con el coche embarrado, ya casi llegando, a doscientos metros, al verlas tan encosteradas y dándome cuenta de la traición de mi memoria que las situaba en una loma llana, pensé que aunque dicen que las piedras hablan, no dejan de ser tristes vestigios y la verdad es que cuentan pocas cosas. Entonces me acordé de mi tío Gervasio Romero, pues aunque yo fui testigo presencial del declive de las Casas y más o menos tenía ya toda la historia moldeada en la sesera, además de situarme, él me podría informar de cómo era la vida en aquella aldea en sus años de esplendor (sabía que a los diez años de edad estuvo contratado o cedido por el sustento como pastor durante dos años —1941/42—). Di media vuelta y decidí regresar con él con mejor tempero, cuando chilla el vencejo, que en ese tiempo tiene costumbre el hombre de volver al pueblo cada año.

Llegado agosto, una vez acordada la dosis de biodramina y pactadas la velocidad y las frenadas del coche durante la expedición (Gervasio es tan propenso al mareo que en los años que el coche de línea de Teruel solamente llegaba hasta Guadalaviar vía Frías, cuenta que le olían tanto los asientos plastificados que prefería andar tres horas hasta Tramacastilla y allí coger otro de un olor y una ruta menos mareante), asintió gustoso a acompañarme en aquella excursión familiar encubierta y dar todas las explicaciones que fueran precisas. Yo era consciente de que Gervasio es un personaje crítico como pocos y sincero como ninguno, y, a la vez, está dotado de una memoria prodigiosa; aunque la verdad es que, pasados casi setenta años, lo más que esperaba era comprobar qué clase de efecto placentero, o de los otros, le producía la nostalgia y que me contestara como mucho con un *“No recuerdo casi nada”*.

Ya en el destino, una vez que llegamos a la que después describiré como calle principal y única, comenzó a contradecirme: *“Te digo que la calle principal va por*

abajo, que va por abajo, y por allí pasaban las caballerías de camino hacia el Molino de las Pisás". Y era cierto. Aunque abandonado, las fachadas de las casas más bajas daban a un camino amplio que en su día debió ser la calzada principal. Con la fuerza que da la suficiencia de conocer el lugar, a pesar de su fragilidad, indicó con su garrote, dirigiéndose hacia arriba casi sin apoyarlo en el suelo, mientras aseguraba: "La ermita está arriba y cerca de alguna era" que recordaba muy amplia por los bailes que allí decía se celebraban en alguna de las escasas fiestas. Cuando comprobamos que estaba en lo cierto, intenté provocarlo —¡Claro, todas las ermitas están en lo más alto!, pero ¿y la fuente, a que no sabes dónde esta la fuente?—. Indicando hacia el saliente, llaneando, y con un ritmo aún más ágil que en la subida, afirmó mientras se acercaba a ella: "Está por allí, que más allá de la fuente no había nada. Lo ves como estaba donde yo te decía", dijo orgulloso al encontrarla. Una vez que se sentó cerca del caño, observé cómo se derrumbaba y los ojos comenzaban a humedecerse; la añoranza comenzaba a producir sus primeros efectos.

Tras un pequeño reposo con trago de agua y almuerzo de jamón, ya repuesto de la emoción, de nuevo me sorprendió: *"Ahora si quieres te digo todos los que habitaban en aquellos años las Casas".* —Dirás que te acuerdas, como mucho, de los



Descanso en la ermita.

vecinos— “No, no, de los habitantes y de sus hijos”. Y comenzó a relatarme, sin dudar, dándome hasta rasgos físicos característicos de algunas familias, cuestión esta que me recomendó omitir por si pudiera resultar molesta u ofensiva para algún descendiente. Y así haré. Al final, relacionaré el censo poblacional de las Casas según Gervasio con sus omisiones, motes, sobrenombres y hasta posibles errores.

Engullidas por la vegetación, conté algunas ruinas de casas más que familias me enumeró, si bien algunas pudieran ser parideras o pajares. Pero bueno, creo que es mejor contar lo que pueda quedar en la memoria de un muchacho de diez años, después de transcurridos setenta sin volver al lugar, que completarlo a la perfección con nombres y apellidos por otros medios que pueden estar al alcance de cualquiera. De lo que contó haber vivido allí, hizo mucho hincapié en que aquellas gentes eras muy ricas y vivían muy bien para la época; todos decía tenían, además de yunta, yeguas, cabras y ovejas, y, curiosamente, ninguna vaca; el resto me lo reservo, que es harina de otro costal. Fueron demasiados los datos: conocía todo el término de Frías y recordaba el nombre de todas las hoyas, los poyales, las tres muelas de Frías, las fuentes, los puntales, etc. Por chocante, me quedé con el nombre de *la Cañada de la Archivera*, y por la paridera del Tío Federico (cerca de la sima) que señaló tembloroso, y al que luego mentaré. Solamente reseñar que algo especial debió sentir por la familia que me enumeró en primer lugar (que no eran sus empleadores, aunque sospecho que sí pudo ser su familia de acogida), que a sus dos primeros hijos bautizó con el nombre de la esposa —Amada— y con el de uno de sus hijos —Salvador—.

Y aquí termina este recuerdo de refilón de lo que fue el esplendor de las Casas en el pasado, y comienza lo que fue la triste realidad de su desaparición:

Después de setenta días trabajando de sol a sol en la sombra, con la cara color pálido esquilador, acabada la campaña, con parte de la cuadrilla descompuesta, unos en sus quehaceres, alguno en la milicia y solamente mi padre y yo disponibles, el primer día dallando pipirigallo al sol del Resomero que te ciega, con las piernas temblorosas y sofocadicos, a media mañana, recibimos una proposición para continuar esquilando. Aceptamos el envite y decidimos que el pipirigallo lo dallaría mejor un profesional de la guadaña como era Víctor González.

Cuando nos detallaron que donde teníamos que ir a esquilar era a las Casas de Frías, no podía dar crédito al asunto, pues las daba ya por despobladas desde hacía años, y sólo las ubicaba como un reducto del pasado y como un lugar sagrado de peregrinación. Uno que todas las Casas que conoció, cuando llegó a verlas, ya eran casetos abandonados o hundidos como las de la Chaparrilla (Villanueva de las Fuentes dicen que se llaman ahora), las Casas de Valdeminguete, las de Búcar, la Veredilla, etc., no podía imaginar cómo todavía podía existir gente capaz de sobrevivir con aquel grado de aislamiento. Y eso que aún tuve la oportunidad de conocer

habitados los pajares de Sierra Molina. Como hombre de frontera que soy, formaba parte de aquellas familias de colonos que acudían —aunque sólo fuera en buen tiempo— a recolectar la cosecha. Nada comparable con Jerónimo y su mujer Lucía, pastores trashumantes de Viches que, aunque disponían de *suite* en nuestro pajar, pasaban allí en Umbría Negra seis meses aislados. Su calendario laboral, restando las correspondientes veredas, transcurría entre el Pajar de Sierra Molina y el chozo de Andalucía, y en el otoño ocho meses a la inversa. Lo mismo sucedía con el convenio del resto de pastores solteros de los ganaderos de Orea y Checa, a los que reponían de tocino, salchichón y pan fresco cada dieciocho días. Además de algunos otros agricultores más “cercanos” de Checa, se dejaban ver algunos hombres de un pueblo menos sonante (Alcoroches) que extrañamente acudían allí, pues poseían pajar y labores y hacían creíbles historias que te contaban en la escuela como la de un tal Marco Polo, así como las de otros aventureros muy dados a recorrer largas distancias por el mundo. Años después conocí dónde estaba Alcoroches y entonces sí que entendías aún menos: cómo se podía llegar a andar tan lejos con un carro por unas talegas de trigo. La verdad es que la necesidad puede arrastrar a un hombre a arañar la tierra donde sea.

También era conocedor de que hubo hombres que hicieron todo lo que estaba entre sus piernas por mantener repoblados aquellos casetos aislados. Como fue el tío Matías, hombre éste que se nos sale del plano. No importa; en aquellos años las fronteras las marcaban la noche y las inclemencias del tiempo. Tenía su residencia pasada la loma Travesera, a la izquierda del Maillo, cerca de Majadas, en el Pajar del Corzo. Con la intención de dar vida al lugar se casó con una viuda que tenía una hija adolescente, y tanta vida dio que el mismo invierno dejó preñadas a su esposa y a la hija de ésta. Conocedora mi abuela Josefa del suceso, y como Saturnino y él solían intercambiar hospedaje, cada vez que aquel hombre pernoctaba en su casa, montaban guardia en el cuarto de su hija Antonina, no fuera a ser su ímpetu libidinoso le llevara a cometer otra barbaridad.

Retornando a la llamada de las Casas... la Romería de la Virgen del Carmen te daba a entender que existían. Aunque algo distanciadas del camino de Frías, que ya conocía por el apareamiento de las yeguas, nunca antes las había visto, y aquello suponía un retorno al pasado, era como llegar al último islote de un mundo en extinción.

Un tejado con los ríos más cuidados y rectos delataba la presencia de la ermita que estaba asentada en la parte alta a la izquierda de la entrada, con la torre muy distante, que luego resultó ser el transformador eléctrico. Algunos ladridos anunciaron nuestra llegada y la distancia recorrida me hacía dudar de algunas promesas hechas a la Virgen que dicen se cumplían en romería; no por parte de la Virgen, que no dudo tendría sus influencias, más por los penitentes, porque lo de ir andando, bueno, pero de rodillas... ¡Mentira! ¿Quién iba a llegar hasta allí de rodillas?



Casa de Primitivo.

Unos geranios anaranjados tirando a rojizos en alguna maceta coloreada y otros cacharros oxidados con plantas amarillentas decoraban las fachadas, jalbegadas con cal y azulete, de las dos casas que se veían más vivas. En el suelo, ababoles, cardinchas y algún lirio mezclado con ortigas a los lados del carril que hacía de calle central y única. El resto de casas, con los corrales de la entrada medio hundidos, ya casi no las dejaban ver las ortigas y una especie de ciruelos bordes que se engullían a las hormas.

La sensación de que estábamos en otro mundo fue aún más real al ver aquellas gentes con tan desproporcionada altura. Viendo mi cara de asombro mi padre me tranquilizó. *No te asustes* —me dijo en el almuerzo preliminar antes de meternos en la tarea del esquilo— *que son así*. Mirando con la timidez esa que arrugas la frente y te ves los pelos de las cejas no dejaba de observar aquel extraño fenómeno del crecimiento. El tío Primitivo, que rozaría los dos metros de altura, estaba sentado en un escañeto y sus rodillas llegaban a la altura de mi barbilla. Los hijos eran también altos y algo más recios; aunque en el cruce perdieron altura y ya no llegaron a dar la largaríe de su padre. Mi padre, cada vez que me veía alzar la mirada asombrado, insistía: *¡Bebe, que es el agua, es el agua!*. Estuvimos allí dos o tres días que me pasé empanzándome de agua, no fuera a ser verdad.

Desde allí fuimos a Frías a esquilar el ganado de Pedro Lacasa que tenía el bache en la parte trasera de la Iglesia. Y allí recibí las primeras lecciones del *Vuelco* a cargo del maestro Pugón. Pronto se planteó un conflicto. En el precio por oveja estaba incluida la manutención, y el tío Pugón –Ver nº 12 Rehaldá— conocedor de nuestra presencia, consideraba un desagravio el que no nos alojáramos en su casa. Al final entró en razón y se le convenció de que no tenía por qué acoger olores de mugres de ovejas ajenas. Aquellos días se pasaron entretenidos. Pedro, hombre socarrón y con gran sentido del humor, y mi padre que no andaba muy falto, junto al tío Pugón, que no nos dejó ni a sol ni a sombra, además de bromear con mi crecimiento por el efecto del agua de las Casas, no paraban de recordar anécdotas del pasado que casi todas terminaban en carcajada. Mucho se habló del Tío Federico, personaje éste que debió realizar labores de alto espionaje durante la Guerra Civil, esto le supuso llevar una especie de salvoconducto firmado por el propio Generalísimo, que le dio inmunidad durante los años de postguerra para cometer toda clase de tropelías e ir dando garrotazos a todo el que le incomodara en lo más mínimo. Contaba Pedro que, como broma de juventud, decidieron



Gervasio ante la que fue su casa.

cantarle los mayos a su hija, a la que le tocó “en suerte” el toro. La estrofa se la cantaron en segundos y todos se dieron rápidamente a la fuga, pero un tal Fernandito, más torpe, se rezagó, y el tío Federico lo localizó en el asomo mientras afirmaba: “*Fernandito cantará*”. Y ¡claro que cantó!, nos explicaba, señalando algunas cicatrices que también se hicieron extensivas al resto de los miembros de la rondalla. Contaban que tanto atemorizó a toda la población y a las poblaciones vecinas, que tuvo que intervenir el Gobernador Civil, en concierto con el Obispado, y le “facilitaron” una especie de destierro. Gervasio sostiene que el procedimiento fue más sencillo: la guardia civil, a la que también desarmaba en ocasiones, simuló una detención por alguna de sus fechorías y cuando intentó salir inune del aprieto exhibiendo su documentación, se la tiraron a la lumbre, recomendándole que fuera a que Franco le firmara otra.

Con todas estas anécdotas, vivencias y el cansancio propio del esquilo, pasé aquellos días y tuve el privilegio de conocer habitadas las Casas de Frías. Corría el año 1979 y no recuerdo bien si aquel mismo año o al siguiente Primitivo y su familia, grandes personas en todos los sentidos, abandonan las Casas marchándose a residir a Frías. A raíz de aquel éxodo quedaron como únicos vecinos en aquella aldea el Remolinero (que con ese nombre vino y con el mismo se fue, y digo vino porque, cuando el nudo del vencejo y algún terrero de mimbres era a lo más sofisticado que por aquí se llegó, él debió aprender en otro sitio, además de la técnica de fabricar remolinos que enloquecían con un simple soplido, la forma de aprovisionarse de aquellas cartulinas plastificadas. Este artesano, al que todavía reconocía de la infancia cuando acudía a vender sus tentadores productos a cambio de patatas, no me traía muy buenos recuerdos, ya que estos intercambios clandestinos fueron la causa de más de una paliza materna) y Proscopio, otro personaje soltero y bohemio del que desconozco sus quehaceres, simplemente sobrevivía. Dos años después se nos ofreció para formar parte de la cuadrilla de peladores de pinos en una subasta en el Estepar. Cuando le dijimos que tendría que trabajar a destajo, no le pareció bien lo de veinte pinos, él no estaba dispuesto a pelar más de cinco, que para vivir, decía, no hace falta tanto.

Finalmente vivieron en aquel Santuario como dos ermitaños sin credo. Dicen que más de dos es multitud, pero lo cierto es que la convivencia se fue enquistando al no existir terceros a quienes echar las culpas. Según contaba uno de los implicados toda la relación se rompió a raíz de una discusión que tuvieron por la marrana costumbre que el Remolinero cogió de vaciar una lata de sardinas de las grandes —que le servía de orinal— en la puerta de Proscopio; aquel suceso fue el desencadenante, junto con algo de resquemor que seguro se tenían, que los llevó a retirarse la palabra. Así que los dos convivirían a unos metros sin mediar palabra alguna durante algún año más.

Poco tiempo después el Remolinero abandonó las Casas por cuestiones de edad y fue trasladado a una residencia, quedando Proscopio como único jefe y señor. Rondaba el año 1983 cuando, se desconoce si intentando reparar una avería eléctrica o buscando energía alternativa a la del contador, abrió el transformador y quedó trágicamente electrocutado. Se fue Proscopio y con él desaparecieron también las últimas Casas. Descansen en paz...

Habitantes de las casas de Frías en el año 1942, según Gervasio

1-Tío Máximo-Amada.

Hijos: Pascual, Salvador, Rosa, Santiago, Ángel.

2-Abuela Capitana.

Hijos: dos ¿.....?

3- Tío Alejandro.

Un hijo ¿....? tres hijas: Encarna, Gabriela; ¿....?

4-Tío Jerónimo (viudo), Jesús (hermano).

Hijos: Trinidad, Francisco, Jerónimo.

5-Tío Ángel (Soltero).

6- Tío Gregorio (vivía algo aislado, ya que cerraba y trillaba en la traspuesta).

7- Tío Hilario-Cecilia.

Hijos: Domingo y Matilde.

8- Andaluza (viuda).

Hijos: Eugenio, José, Nieves, Tomás, Alejo, Pedro.

9- Tío Julián el Chato-Carmen (amos de Gervasio).

Hijos: Felicitas, Rosario, Pura.

10- Tía Cana.

Hijos: Primitivo, Alejandro. Hija ¿...?

11- Tío Ventura.